

PQ 2499

C 258

V. 1



FONDO LITERARIO

165987



## LA CANALLA

---

### I

Era tal el número de carruajes que regresaban por la orilla del lago, que la carretela no tuvo otro remedio que ponerse al paso, llegando á ser tan grande la confusión, que en cierto momento le fué preciso detenerse.

Declinaba el sol rápidamente sobre un cielo de Octubre, grisáceo, surcado por pequeñas nubecillas, y sus últimos rayos, que parecían caer desde las lejanas espesuras de la cascada, envolvían en luz rojiza, un tanto pálida, la interminable hilera de inmovibles carruajes.

Al contacto de aquella luz, lanzaban dorados reflejos los cubos de las ruedas; y las brillantes



cajas, barnizadas de azul oscuro, reflejaban, como un espejo, trozos de paisaje.

Cayendo de lleno la encendida claridad que los iluminaba por la espalda y hacía relucir los botones metálicos de sus doblados capotes, que caían sobre el asiento anterior de un carruaje, el cochero y el lacayo, con su librea azul-prusia, sus chalecos á rayas amarillas y negras, y sus calzones de color de garbanzo, manteníanse rígidos, graves y pacientes sobre sus altos asientos, como criados de casa grande, á quienes no perturban estas confusiones de vehículos.

Adornados sus sombreros con escarapela negra, tenían cierto aire grave, y solamente los caballos, magnífico tronco bayo, piafaban impacientes en medio de aquel forzoso alto.

—¡Mira, mira, Renata!—dijo de pronto Máximo. —Allá abajo, en un cupé, estoy viendo á Laura de Aurigny...

Se incorporó Renata, y contrayendo los párpados, obligada por la debilidad de su vista:

—La creía bien lejos,—contestó.—¡Calla! ha cambiado el color de sus cabellos ¿verdad?

—Sí,—dijo Máximo sonriendo.—Es que á su nuevo amante no le gusta el rojo.

La mano apoyada en la portezuela, inclinada hacia adelante, y ya despierta del triste ensueño, que hacía largo rato la tenía silenciosa y acurru-

cada en el fondo del carruaje, como en un sillón de convaleciente, miraba Renata el punto que indicó Máximo. Vestía Renata un paletó de paño blanco, con vueltas de terciopelo verde, bajo el cual se descubría un elegante traje de seda, también verde oscuro, con delantal y túnica, adornado con anchos volantes; apenas oculta bajo el sombrerillo con rosas de Bengala, se destacaba la extraña cabellera, cuyo amarillento matiz pálido recordaba el de la manteca fina. Con el ademán de un chico impertinente, continuaba guiñando los ojos sobre los cuales, se pronunciaba más la arruga que surcaba su frente tersa, contrayendo además su boca, cuyo labio inferior, algo saliente, parecía darle cierta expresión de enojo. Tomó un lente de hombre, con armadura de caucho, para ver mejor, y sin colocarlo sobre la nariz, examinó detenidamente á Laura de Aurigny, con aire tranquilo.

Los coches seguían parados, y entre las manchas oscuras de la fila, ora brillaba de repente, reflejando la luz, el cristal de un farol, el bruñido bocado de un caballo, ó los galones de un lacayo encaramado en su puesto. En los descubiertos landós resplandecían riquísimas telas, y se desbordaban lujosos vestidos de seda y terciopelo.

Todo rumor extinguido, é inmóvil todo, fué dominando más y más el silencio, hasta el punto de



que, desde el interior de los coches, oíanse distintamente las conversaciones de los que pasaban á pie. De coche á coche cambiábanse mudas miradas y nadie hablaba.

Todo París estaba allí, á pesar de lo avanzado de la estación, y veíase á la duquesa de Sternich, en hermosa carretela de ocho resortes; á la señora de Lauwerens, en una victoria; á la baronesa de Meinhold; á la condesa de Vanska, con sus caballitos píos; á Silvia, la pequeña Silvia, como la nombraban, en un landó azul, y además, á Don Carlos, muy enlutado, cuyos cocheros ostentaban librea antigua y ceremoniosa; á Selim-Pachá, con su gorro encarnado; á la duquesa de Rozan, en su reducido cupé; al conde de Chibray, en su dogcart; al Mr. Simpson, en un mail elegante; á casi toda la colonia americana, y por fin á dos académicos en un modesto coche de punto.

Después de algún rato, pudieron los primeros carruajes abrirse paso, y lentamente la fila entera se puso en movimiento, pareciendo que todo se animaba. Resplandores fugitivos brillaron de pronto, relámpagos luminosos cruzaron entre los radios de las ruedas, y saltaron de los relucientes arneses, sacudidos por los caballos al marchar, y sobre el pavimento y sobre los árboles, pasaron fugitivos y anchos, reflejos de los cristales, heridos por los rayos del sol moribundo.

Al continuo y acompasado trote de los caballos, prosiguió el desfile con los mismos ruidos y los mismos reflejos de sol, sin cesar, seguido y uniforme, como si todos los coches estuvieran unidos á los primeros.

Renata, cediendo á la suave oscilación de la carretela al ponerse en marcha, dejó caer el lente, y volvió á recostarse sobre los blandos almohadones, cubriéndose, pues el fresco se dejaba sentir ya, con un extremo de la piel de osó que llenaba el carruaje, hundiendo sus manos enguantadas entre los suaves mechones de la rizada piel.

Habíase levantado una fresca brisa, y la tarde primaveral de aquel mes de Octubre, amenazaba terminar en noche de intenso frío.

Abandonóse Renata unos momentos al voluptuoso movimiento de aquellas ruedas que veía girar monotonamente, pero alzando la vista hasta Máximo, que gozaba en despojar mentalmente de sus lujosos trajes á las mujeres que ocupaban los coches inmediatos:

—¿Es verdad—preguntó—que te parece bonita Laura de Aurigny? Como la elogiabas tanto el otro día, cuando se anunció la venta de sus diamantes!... ¡Ah! no viste el collar y la diadema que allí me ha comprado tu padre?

—¡Mi padre lo entiende!—exclamó Máximo sin



contestar directamente, sonriendo maliciosamente.—Así, paga las deudas de honra y regala diamantes á su mujer.

—¡Libertino!—murmuró Renata, con leve sonrisa, encogiéndose de hombros.

Entre tanto, el joven, seguía con la vista á una señora, cuyo verde traje parecía interesarle. Renata, con los ojos medio cerrados, miraba perezosamente, aunque en realidad, sin darse cuenta, á uno y otro lado del carruaje.

A la izquierda, dormía el lago, terso como un espejo, y allí, al otro lado de la superficie, levantábanse las dos islas, entre las cuales, destacándose el puente que las unía, resaltaba sobre el pálido celaje con teatrales líneas, semejando las masas verdosas de pinos y árboles de perpétuo follaje, múltiples cortinajes graciosamente plegados en el fondo del horizonte. En la margen opuesta, como si hubiera sido barnizado la víspera, el *Chalet de los tilos* se alzaba con el brillo propio de un juguete nuevo, y las franjas de arena de los caminos que festoneaba el césped, dibujaban de un modo extraño los jardinillos á inglesa.

Renata, habituada á este paisaje, miraba sus finos dedos, jugueteando con los largos mechones de la piel de oso que la cubría, pero á causa de una sacudida súbita que interrumpió la marcha de los carruajes, levantó la cabeza y saludó á

dos hermosas mujeres, que recostadas lánguidamente una junto á otra en los mullidos asientos del coche que las conducía, alejábanse rápidamente por una de las avenidas laterales.

Las dos mujeres eran jóvenes. Una era la marquesa de Esponet, cuyo esposo, ayudante de campo del emperador, acababa de enlazarse, ruidosamente por el escándalo, á la antigua nobleza y figuraba entre las más ilustres damas del segundo Imperio. La otra, la señora Haffner, estaba casada con un famoso industrial de Colmar, archimillonario y convertido por el gobierno de Napoleón III en un hombre político.

Renata conocía desde el colegio á las dos inseparables, como se las decía intencionadamente, y llamábalas Adelina y Susana, que eran sus nombres propios. Después de haberlas dirigido una sonrisa preparóse á recogerse de nuevo en sus almohadones, pero una carcajada de Máximo la obligó á volverse hacia él.

—No te rías, estoy triste... de veras...—exclamó viendo que Máximo la contemplaba todavía burlescamente.

Máximo contestó con impertinencia:

—¡Bien! ¡Melancólica y todo! ¿Celitos eh?

—¿Celosa yo? ¿Por qué?—preguntó Renata sorprendida.

Y haciendo un gesto desdeñoso, añadió:



—¡Ah! ¡Laura! No me acordaba. Si Aristides como me decís todos, ha pagado las deudas de esa muchacha, evitándole un viaje por el extranjero, es señal de que aprecia el dinero menos de lo que yo creía. Esto le granjeará el favor de las demás. Por mi parte está bien libre ese buen señor.

Renata al decir estas palabras, sonreía, marcando el *buen señor* con acento indiferente y frío.

Luego volvió á caer en su soñolienta tristeza, murmurando:

—¡Oh! ¡no soy celosa, nada celosa!...

Detúvose vacilando, y añadió después brusca- mente:

—¡Mira, cómo me aburro!...

Calló. Los carruajes proseguían en tanto su desfile por la orilla del lago, monotonamente. El panorama había cambiado. El bosque se abría en amplias praderas, y sobre la alfombra de verdura, se alzaban aquí y allá bosquercillos de árboles. Extendíase aquella alfombra hasta la Puerta de la Muette, cuya verja, se distinguía en lontananza, y allá, sobre las cuestas, donde el terreno ascendía, parecía la hierba de un tono azulado.

Renata lo miraba todo con la vista fija, cual si aquella dulce naturaleza, saturada del aire frío del crepúsculo la hubiera hecho sentir más vivamente el vacío de la vida.

Después, repitió con acento de sorda indignación:

—¡Me aburro, sí, me aburro mortalmente!

—Debes estar nerviosa,—repuso Máximo,—y... es muy poco agradable.

La joven contestó secamente:

—Sí, estoy nerviosa.

Luego, con expresión maternal y cariñosa, añadió:

—Me voy haciendo vieja, hijo mío... Pronto cumpliré treinta años... ¡y esto es horrible! No encuentro placer en nada. ¡Oh! á los veinte años no te puedes imaginar...

—¿Hemos salido para que te confieses? Sería la confesión demasiado larga...

Renata sonrió á esta impertinencia, tomándola como un capricho de niño mimado, y prosiguió:

—Puedes quejarte... Gastas en vestir más de cien mil francos al año, vives en un hermoso hotel, tienes soberbios caballos, tus caprichos son satisfechos, y los periodicos citan tus trajes... Las mujeres están celosas de tí, y los hombres quisieran parecerse á tí... ¿Es cierto?

Sin contestar el joven, hizo un signo afirmativo con la cabeza. Después exclamó:

—Vaya, no seas tan modesta. Confiesa á tu vez que eres una de las columnas del Imperio de Napoleón III. En todas partes, en las Tullerías, en



los despachos de los ministros, en casa de los potentados, reinas como soberana; no hay placer que no conozcas, y si no me cohibiera el respeto que te debo, te diría...

Detúvose Máximo unos instantes, y después terminó:

—¡Diría que has saboreado todas las manzanas!

Renata no se inmutó al oír tal grosería.

—¿Y aún te aburres?—prosiguió el joven.—  
¿Qué quieres entonces?

Renata, se encogió de hombros, para expresar que ni ella misma lo sabía.

Máximo la vió tan seria, que juzgó prudente guardar silencio, y púsose á contemplar la marcha de los carruajes. Estos, más ámpliamente, daban la vuelta, y el rápido trotar de los caballos resonaba con estrépito sobre el duro suelo.

Cediendo después al deseo de abrumar á Renata con su charla, continuó:

—¿Sabes que merecías ir en un coche de alquiler? ¡Mira toda esa multitud que te saluda como á una reina, y poco le falta para que tu excelente amigo el señor De Mussy no te eche besos!

Un jinete saludaba en aquel momento á Renata, quien apenas se volvió, haciendo una mueca de disgusto.

Maximo, herido por el obstinado silencio, añadió:

—En fin, si tienes cuanto puedes apetecer, ¿qué deseas?

Alzó Renata la cabeza. Sus ojos brillaban con ardiente claridad, y traslucíase en su mirada la abrasadora sed de lo desconocido.

—Sí, deseo algo...—contestó quedamente.

—Pero si lo tienes todo... ¿ese algo, qué es?

—¿Ese algo?...—repitió la joven.

No continuó. Vuelta de espaldas á Máximo contemplaba nuevamente el paisaje. Distinguíase ya el lago de frente, dándole los últimos reflejos del día las apariencias de una gran placa de estaño. Sobre el confuso panorama, la bóveda de los cielos se extendía infinita, ofreciendo el espectáculo de un cielo tan grande, tendido sobre un rincón tan pequeño de la naturaleza, algo de medrosa y triste vaguedad. Tal era la melancolía que respiraban aquellas alturas, tan desolada la obscuridad creciente, que todo el Bosque, envuelto lentamente en un sudario sombrío, perdía sus afectadas gracias para adquirir la grandeza severa de las selvas. El rodar de los coches, remedaba el lejano rumor de un torrente. Todo se apagaba por momentos, y sobre el lago sólo se distinguía como una mancha amarillenta la vela latina de la barca de paseo.

Renata, á pesar de su fastidio, experimentó ante aquel panorama, singulares sensaciones y se-



cretos deseos. Aquella naturaleza, tan mundana poco antes, de la que había hecho la medrosa noche un bosque sagrado, en cuyas entrañas parecía ocultar los antiguos dioses sus amores monstruosos, sus adulterios y sus incestos divinos, tenía para la joven encantos no soñados, donde había apagado la sed de ardientes goces en que se abrasaba su corazón enfermo.

Cuando el lago y los bosquecillos, desvanecidos ya en la obscuridad, no eran más que un trazo negro sobre el horizonte, incorporóse brusca-mente Renata, y con voz dolorosa, reanudó su interrumpida frase.

—¡Sí, deseo otra cosa! ¿Sé yo acaso cual? Si lo supiera... tantas fiestas, tantos bailes y banquetes, me cansan. ¡Siempre lo mismo! ¡Es cosa de morirse! Y los hombres son tan fastidiosos...

Máximo se echó á reír. Ya la joven no guiñaba los ojos, la arruga de su frente se pronunciaba con dureza, y su labio bello, resaltaba más saliente, como ávidamente enardecido por aquellos goces que Renata ambicionaba sin poder darles forma.

Continuó con creciente agitación:

—Sí, sois muy fastidiosos los hombres. Y no lo digo por tí, Máximo; tú eres muy joven aún. ¡Pero si te dijese cuánto me fastidiaba Arístides al principio!... Pues ¿y los otros, los que me decían que

me amaban? Entre nosotros no he de ocultarlo; te aseguro que á veces me siento tan harta de esta vida de mujer rica y considerada, que desearía ser una Laura de Aurigny, una de esas mujeres que viven á su capricho...

Máximo sonreía.

—Sí,—prosiguió la joven;—una Laura de Aurigny. Eso debe ser más nuevo...

Calló un instante, como para pensar la vida que hacía Laura. Luego continuó, con acento menos animado:

—Pero hombre, esas mujeres deben tener sus ratos aburridos. ¡Oh! necesito otra cosa.

Acaso tú no me comprendes... Pero otra cosa... algo que no ocurra á nadie, que sea un placer raro, desconocido.

Su voz se iba apagando, y estas últimas palabras apenas se oyeron.

La carretela caminaba ya por la calle de árboles que conduce á la salida del Bosque, y el ruido de las ruedas, el rumor sordo é igual de los carruajes que volvían á París, se extendía por la desierta avenida, levantando á su paso tristes y extraños ecos.

Máximo, tendido como Renata, negligentemente sobre el asiento, y dando á sus frases melancólica entonación, exclamó tras el largo silencio:

—¡Tienes razón, esto es mortificante! No creas



MONTERREY, N. L.



que yo me divierto. También he soñado en otras cosas. Ganar dinero, viajar, nada más tonto. Prefero comer, aunque tampoco me divierte á veces. Sin embargo, amar, ser amado... cuando el estómago está lleno... ¿No es verdad?

Y como Renata, abstraída no le contestase, prosiguió, deseoso de sorprenderla con alguna frase cínica:

—Quisiera ser amado por una monja. ¿Eh? Tal vez sea divertido. ¿No has soñado tú nunca en un hombre á quien no pudieras amar sin cometer un crimen?

Pero Renata permanecía silenciosa. Apoyada la nuca en el mullido borde del carruaje, dormía con los ojos abiertos, deliraba abismada en sus fantasías, y de vez en cuando contraía nerviosamente los labios. Acaso, mientras contemplaba las robustas espaldas del lacayo sentado en el pescante, pensaba en los placeres de la víspera, en las fiestas que encontraba tan insípidas y la aburrían tanto. Veía su vida pasada, la monotonía incesante de las mismas caricias y las mismas infelicidades. Despertábase después en su alma la idea de aquella *otra cosa* y la palabra ambicionada parecía huir de ella ocultándose en la obscuridad creciente y perdiéndose en el rodar continuo de los carruajes. Ligeras ráfagas de viento acariciaban su rostro, y deseos confusos, fantasías sin tér-

mino, voluptuosidades sin nombre, todo aquello que en la hora del crepúsculo, puede haber de delicado y monstruoso en el fatigado corazón de una mujer, todo desfilaba al mismo tiempo ante los ojos de la joven, al sentir las dulces caricias de la brisa. Deseando no variar la cómoda postura en que se hallaba, alargó uno de sus pies, para apoyarlo en la delantera de la caja, rozando de paso, ligeramente, con el tobillo una de las piernas de Máximo, quien no hizo caso alguno de ello. El simple contacto que recorrió todo su ser, sacó á Renata de su postración, y levantando la cabeza, miró de un modo singular al joven, tendido con toda elegancia sobre el blando asiento del carruaje.

En aquel momento salían del Bosque, y la Avenida de la Emperatriz se extendía entre las sombras del crepúsculo. En el espacio reservado á los ginetes, como una mancha clara, se destacaba sobre el fondo plumizo la figura de un caballo blanco, mientras al otro lado, á lo largo de la calle, acá y allá, como puntos negros, se distinguían algunos paseantes retardados que se dirigían con lento paso hacia París, y allá, en todo lo alto, al extremo, se levantaba el Arco del Triunfo, colocado al sesgo y cuya blanca silueta parecía recordada sobre el obscuro cielo.

Máximo contemplaba á ambos lados de la Ave-



nida los edificios de caprichosa arquitectura, cuyos jardinillos ingleses llegaban casi hasta el paseo de los caballos.

Entró la carretela por la Avenida de la Reina Hortensia, y detúvose, al fin, en el extremo de la calle de Monceaux, cerca del boulevard Maiesherbes, ante un hotel edificado entre un jardín y un patio.

Las verjas, cargadas de adornos dorados, se hallaban flanqueadas por sendas farolas, en forma de jarrones, también sobredoradas, habitando el portero un pabellón que, colocado entre ambas verjas, recordaba vagamente un templo griego en miniatura.

Antes que el coche se dispusiera á entrar en el patio, Máximo saltó prestamente á tierra.

—Ya sabes,—díjole Renata reteniéndole la mano—que comemos á las siete y media. Dispones de una hora para vestirme. No te hagas esperar.

Y añadió sonriendo:

—Estarán los Marenil... tu padre desea que seas muy galante con Luisa.

El joven se encogió de hombros y murmuró con acento en que denotaba su poco gusto:

—¡Qué fastidio! Que me casen con ella .. ¡bueno pero hacerla la corte, es muy necio. ¡Oh! ¡qué buena serías, si me librases de Luisa esta noche!

Luego, tomando su aire malicioso y con el gesto que había copiado de Lassouche, cuando decía alguna de sus gracias habituales, añadió:

—¿Quieres hacerlo, mi buena mamá?

Renata sacudió la mano del joven como entre camaradas, y exclamó en tono de broma:

—Si no fuera la mujer de tu padre, ¿sabes que me debías hacer la corte?

El joven debió encontrar muy ridícula esta idea, porque después de haber doblado la esquina del boulevard, todavía se escuchaban sus ruidosas carcajadas.

El coche penetró entre tanto en el patio, parándose ante la escalinata que conducía al vestíbulo.

La lujosa escalinata de amplios y cómodos escalones, estaba al abrigo de una marquesina guardada de una vistosa crestería dorada.

Constaba el hotel de dos pisos. La escalinata conducía á la puerta del vestíbulo y se adelantaba sobre aquella fachada del edificio, flanqueada por delicadas columnas adosadas al muro, constituyendo así una especie de cuerpo saliente con aberturas circulares en cada piso, que llegaba hasta la cubierta del hotel, donde terminaba por un frontón; á ambos lados del referido cuerpo se extendían cinco ventanas por piso. La cubierta se alzaba sobre todo esto, cuadrada y con grandes paños casi verticales.



No era menos suntuoso su aspecto por la parte del jardín. Una regia escalinata guiaba á una galería que corría á lo largo del entresuelo, y cuya balaustrada veíase aun más recargada de dorados que la marquesina y los faroles del patio.

En el centro y ángulos de esta fachada se elevaban otras tantas torrecillas, de las que, unidas en un punto las de los extremos al cuerpo del edificio, proporcionaban al hotel, habitaciones circulares.

Las ventanas estrechas en los pabellones, ensanchábanse hasta parecer cuadradas en la parte de la fachada, ostentando balaustres de piedra en el entresuelo y antepechos de hierro forjado y dorados en los demás pisos.

A lo largo de las cornisas se extendían caprichosas guirnaldas; los balcones semejaban canastillas de verdura, soportados, á guisa de cariátides, por mujeres desnudas, de redondas caderas y firmes pechos.

Airededor de la cubierta, corría una balaustrada, que sostenía de trecho en trecho, jarrones y flameros, y entre los tragaluces de las boardillas, volvían á aparecer las mujeres desnudas, jugando en diversas posturas.

La techumbre, sobrecargada con tantos adornos, y coronada por cresterías de plomo recortado, provista de dos pararrayos y cuatro simétricas

chimeneas, parecía ser á modo de ramillete final, en aquellos juegos artificiales de la arquitectura moderna.

A la derecha, veíase un vasto invernadero, que comunicaba con el entresuelo por medio de una ventana, en que uno de los salones era como su prolongación.

Hallábase separado el jardín del Parque de Monceaux por una verja de escasa altura, oculta entre el ramaje de un haya. Era demasiado pequeño para el hotel, y tan estrecho, que una canastilla de césped y algunos árboles frondosos le llenaban.

Desde el Parque, aquel gran edificio, nuevo completamente, tenía el aspecto indefinido y la importancia altanera y estúpida de advenedizo, con su pesada cubierta de pizarra, sus dorados antepechos y su profusión de esculturas.

Podía tomarse por una reducción del moderno Louvre, y por tanto, por uno de los más característicos modelos del estilo Napoleón III, opulento bastardo de todos los estilos...

El lacayo había ayudado á Renata con todo respeto á bajar del coche.

Las caballerizas, de rojizos ladrillos, abrían á la derecha sus amplias puertas de roble barnizado, en el fondo de un cobertizo de cristales. Como para guardar simetría, había, á la izquierda, ado-



sada al muro de la casa vecina, una hornacina recargada de adornos, en la cual, brotando de una concha que sostenían dos amercillos con los brazos tendidos, corría una cascada artificial constantemente.

Permaneció Renata unos instantes al pie de la escalinata, dando ligeros golpecitos con sus menudas manos á la rebelde falda del vestido, cuyas arrugas la impedían descender, mientras el patio recobraba su aspecto solitario y su aristocrático silencio, en medio del cual, resonaba el continuo murmullo de la cascada, interrumpido momentáneamente por el ruido del coche.

Sobre la obscura masa del hotel donde el primer banquete otoñal iba á hacer encender bien pronto las arañas de los salones, destacábase las ventanas bajas, arrojando en el enlosado del patio limpio y regular como un tablero de damas, los vivos resplandores de las luces.

Renata, al transponer el vestíbulo, halló al ayuda de cámara de su esposo, quien descendía á las dependencias con una vasija de plata. Vestido aquel hombre de riguroso traje negro, alto, fornido, de rostro blanco, luciendo correctas patillas de diplomático inglés, y el aire estirado de un juez, era una arrogante figura.

—Bautista,—preguntó la joven,—¿ha vuelto el señor?

—Sí, señora, está vistiéndose,—contestó el criado haciendo una profundísima reverencia.

Renata sin añadir una palabra subió lentamente la escalera, quitándose los guantes.

Era el vestíbulo en extremo lujoso; al entrar en él se experimentaba cierta sensación extraña. Las tupidas alfombras que cubrían el suelo, y la escalera y los amplios tapices de terciopelo carmesí que decoraban puertas y muros poblaban el ambiente de un silencio, de un perfume tibio y suave de capilla. Caían las colgaduras desde el elevado techo, decorado por salientes rosetones que se destacaban sobre un tejido de filigrana de oro. Abriase la escalera en dos tramos con doble balaustrada de mármol blanco, con pasamanos de terciopelo carmesí, mostrándose al fondo una puerta que daba al salón principal. Llenaba el muro en la primera meseta un gran espejo, y sobre zócalos de mármol dos estatuas de mujer, de bronce dorado, desnudas hasta la cintura, que sostenían soberbios candelabros de cinco mecheros, cuya deslumbrante claridad dulcificaban opacos globos de cristal, alineándose á uno y otro lado, magníficos jarrones de mayólica, que contenían extrañas y hermosas plantas.

Renata contemplábase al subir la escalera en el gran espejo, con la coquetería de una diva, preguntándose si era tan linda como decían.



Cuando llegó á su habitación, en el primer piso, cuyas ventanas caían sobre el Parque, llamó á Celeste, su doncella, y se hizo vestir para el banquete. Después de una hora larga, terminada la *toilette*, y sintiendo demasiado calor, abrió una ventana, y olvidándose de todo, apoyóse en el antepecho, mientras Celeste ponía en orden los objetos del tocador.

Renata, dejaba vagar su mirada en el espacio. Extendíase el Parque con sus masas negruzcas de follaje, sacudidas por las brúscas ráfagas de viento trayendo á la memoria el fragor de las olas que se estrellan contra las rocas de la plaza.

Ante el sombrío espectáculo de aquella naturaleza, sentía Renata inundarse su corazón de una vaga tristeza, recordó su infancia, en aquel silencioso hotel de su padre en la isla de San Luís, donde, desde hacía dos siglos, habían sepultado los Beraud du Chatel su sombría gravedad de magistrados. Recordó su matrimonio, pensó en aquel viudo que se había vendido al casarse con ella, y trocado su nombre de Rougon por el de Saccard, en aquel hombre que se había apoderado de ella, para arrojarla sin compasión en la vida que llevaba, donde sentía vacilar su débil espíritu. Con infantil alegría recordó después las divertidas partidas de raqueta que había jugado en otro tiempo con su hermana Cristina, los placeres

sin término de que hacía diez años gozaba, loca, manchada por las especulaciones de su marido, en las que él mismo acabaría por hundirse. Esta idea, de cuyo fundamento no pudo darse cuenta, fué entonces como un presentimiento. Turbada por estos pensamientos de vergüenza y castigo, cedió lentamente á los modestos instintos que dormían en el fondo de su alma, prometiendo su enmienda como en los felices días de colegiala, cuando las compañeras, cantaban al corro bajo los árboles: *No iremos más al bosque...*

Celeste que había bajado á las habitaciones inferiores, volvió entonces diciendo en voz baja:

—El señor suplica á la señora que baje. Hay ya mucha gente en el salón.

Interrumpida en sus meditaciones por Celeste, cuya voz la volvía á la realidad, tembló al separarse de la ventana, donde había estado algún tiempo sin sentir el sopló frío del ambiente que helaba sus hombros desnudos.

Al pasar ante el tocador se contempló maquinalmente en el espejo, sonrió satisfecha y salió en seguida.

Casi todos los invitados estaban allí: su hermana Cristina, joven de veinte años, vestida sencillamente de muselina blanca; su tía Isabel, viuda del notario D' Aubertat, anciana de sesenta años muy amable, que vestía de satín negro; la herma-